

Cuadernillos de poesía Colombiana

18

Miguel Antonio Caro

Miguel Antonio Caro

Reducir a síntesis el esfuerzo incomparable que llevó a término don Miguel Antonio Caro en los varios órdenes de la inteligencia, resulta tarea desproporcionada para el más avezado de sus compatriotas, porque su existencia discurrió por distintas esferas de la sabiduría y pontificó con señorial talento en todas las provincias del entendimiento. Quien vuelva los ojos a la época en que respira este varón singularmente dotado para los mejores empeños del saber; quien establezca cotejos con las figuras de mayor linaje que por aquel entonces espigaban a su lado, quedará sorprendido del abo- lengo de ese ingenio y del poderío y prestancia de sus disciplinas, que lo capacitaron para moverse con gentil desembarazo en las más arriesgadas y victoriosas travesías espirituales. No es afirmación forjada por el afecto y fortalecida por la superficialidad, la que asienta que no ha habido colombiano alguno que lo venza en la universalidad de los conocimientos, en la comprensión global de la cultura, aunque algunos puedan sobrepujarlo en aspectos parciales del conocimiento. Lo que en otros ciudadanos eminentes está sometido al límite que marca la afición y que alindera un prurito especializante, en Caro no obedeció a normas preestablecidas, porque no era un catador de noticias, ni un paciente acumulador de experiencias extrañas, como suele ser el erudito, sino un estudioso de las contribuciones antiguas, un preceptor de las doctrinas expuestas o sustentadas por los sabios de todas las edades, las que, al compulsar con sus propios aportes y al someter a prueba en el proceso de la crítica, apenas le servían como hitos en el sendero de sus lubricaciones. De ningún colombiano puede aseverarse con tanta verdad como de Caro que fue un creador en el mejor sentido de este término tan derramado por la adulación, porque se anticipó a sujetos que medraban en medios propios a la victoria intelectual, y llegó con visible adelanto al juicio de materias que después confirmarían investigadores ilustrados.

Nada maravilla tanto en este prócer como su prosperidad interior en una atmósfera que no parecía indicada para el brote de una cultura de tanta robustez y meollo. En una ciudad mediterránea, sin intenso comercio intelectual, alejada de los grandes centros universitarios del mundo antiguo, bien hallada en su reposo colonial y en sus apacibles hábitos, Caro discurre, al calor de su inquietud y bajo el estímulo de su ansiedad, y traza derrotas espirituales, dilucida asuntos que apenas se insinuaban en otras latitudes, mejor proveídas para la investigación e iluminadas ya por las contribuciones de varias estirpes doctas. Hubo en este punto la doble influencia de su natural, organizado para la meditación y el análisis y de las lee-

turas abundantes, que las humanidades enaltecieron y esmaltaron. No es posible separar el influjo de estas disciplinas en lo que debe ser nombrado como el norte de su inteligencia, pues a ellas debió la claridad del discurso, el despejo crítico, la clarividencia inquisitiva y la aptitud para establecer cotejos afortunados, que depuraban las ideas y acendrabán los principios.

Su temprana orfandad lo coloca bajo la tutoría intelectual de su abuelo, avisado jurisperito y lingüista, que lo inclina a los idiomas sabios y lo adiestra en su literatura. La infancia de Caro discurre en ambiente que favoreció el nacimiento de inquietudes superiores, en templada atmósfera de prematura madurez, que ha de labrar hondo surco en sus quehaceres del porvenir; y si a esto se suma la educación que posteriormente habría de recibir en el colegio de los jesuitas, mantenedores de la tradición clásica en las aulas, aparecerá de bulto cómo orientaciones tan oportunamente recibidas tenían de ampararlo en el ejercicio de la investigación y habrían de inclinarlo al cumplido desarrollo de su personalidad.

Antes de los dieciocho años y cuando aún era estudiante en el colegio de San Bartolomé, había traducido ya en octavas reales el libro segundo de la Eneida, labor que parece extremada para una inteligencia que aún no ha llegado a mediana robustez. Para quienes saben de la profunda religiosidad de Caro y de sus asentadas aficiones clásicas, la predilección por el vate de Mantua se explica naturalmente, porque fue entre los latinos el poeta de la juventud, de la modestia, de la candidez conmovedora, como si su mente vislumbrara la aurora del Evangelio en la noche cerrada de la gentilidad. Todo en Virgilio contribuía a mostrarlo a los entendimientos eruyentes como el meaos pagano de sus contemporáneos, ya que en ninguna de sus obras corre el oscuro río de los ímpetus sensuales, ni se adivinan los brotes del epicureismo agotador. Así como en las "Georgicas" la contemplación de la soledad campesina no es un excitante de la molicie ni un puntal al ocio y a la licencia, sino una exaltación del trabajo rústico y un canto a la serenidad del ánimo, de igual modo resplandece en esas páginas cierta piedad para los inocentes, cierta ternura para las bestias laboriosas, que unidas al primor literario y a la escondida melodía eran poderosas a encadenar los afectos y a elevar los corazones hacia más altas esferas. Nadie ha dado en lengua española una interpretación más cumplida de la inspiración virgiliana como Caro, cuya visión poética no puede comprenderse en su perfección ni apreciarse en la excelencia de sus giros y matices, si se ignora que el humanista santafereño no aplicó sus conocimientos a la mera tarea de poner en romance aquellas obras, por simple solaz espiritual, sino con la fundada conciencia de encarecer el esfuerzo piadoso y la categoría educativa del poeta latino. Para Caro, Virgilio era algo más que un cantor inspirado y que un orébre de pulidas estrofas, pues lo advertía cómo un vate providencial y como un poeta del mesianismo.

Se hermanaron, pues, en la preocupación traductora del egregio varón, los impulsos de la belleza con los afanes del apologista; la pasión por lo ideal y generoso, como los propósitos de orientación clásica cimentada en los hombros de un pagano que poseyó el aliento profético en aquellas época de universales esperanzas libertadoras. La colaboración prestada por Virgilio a los planes pacificadores de Augusto, sus vaticinios de la edad dorada y de la llegada de un héroe, lo convierten en eco inconsciente de las expectativas del H-naje; la estatura de sus personajes lo muestran como una concien-

cia que antevió muchos aspectos del ideal ético de la humanidad. Eneas cifra la entereza moral, la piedad viril, la noción del sacrificio en aras de su encomienda, como la idea que mueve todos los discursos de la obra no es otra que la apología del designio providencial de Roma, de la gloria eterna que circundaría sus murallas, designio que ha de extinguirse bajo el solio cesáreo de los monarcas del tiempo, para cumplirse en la sucesión no interrumpida de Pedro. Todo en el corazón de Virgilio es alabanza de las virtudes: de la paz que prospera a los pueblos, de la pobreza que acendra pujanza y austeridad, del patriotismo que fortalece la fe en el destino del propio solar, de la solidaridad humana que vigoriza las comunes ambiciones de la especie. Se comprende fácilmente pues, cómo un autor que de tal modo entendía los fines del linaje y fomentaba sentimientos de tanta elevación en el espíritu de las generaciones, cultivara desde el principio la inteligencia de quien estaba llamado a ser uno de los formadores de la conciencia nacional.

Podríamos agotar citas para encarecer la significación de los conocimientos de Caro en punto de humanidades clásicas, pero eso sería llevar ánforas a Samos, cuando el consentimiento de los doctos le ha refrendado títulos indeficientes. Pero a esa afición y a esos conocimientos es necesario atribuir la virtud más señalada de su entendimiento como fue el desinterés, patente en las relaciones que mantuvo con dos de los sujetos más ilustres de la historia, que con él tienen semejanzas, aunque ambos sean vencidos por la variedad de sus quehaceres, por la universalidad de los trabajos a que aplicó sus dotes. Cuervo y Menéndez Pelayo son a cada paso comparados con el humanista y polígrafo que nos ocupa, pero el primero se contiene en las fronteras de los estudios filológicos en los cuales ahonda más que nuestro prócer y cumple un esfuerzo más sostenido y metódico, más coherente y poderoso, mientras que el segundo careció de las condiciones de orador y no tiene título como legislante y constitucionalista, ni como adalid de una causa política o corifeo de una transformación gubernativa. Por manera que si hay puntos en los cuales concuerdan, y aun pueden aparecer superiores a Caro, tiene éste, a su vez, dotes que aquellos no poseyeron o que reservaron para el ejercicio de una vocación más sosegada y pacífica, en tanto que éste si puso a prueba, y a prueba victoriosa, los semblantes que perduran en aquellos insuperables derechos de la sabiduría humana.

Antes de Caro la crítica literaria no aparece en nuestro país con aliento científico, con abolengo capaz de mostrarla como disciplina orientadora de inteligencias y de plumas. Las alternativas de nuestra vida republicana, las cuñas de la emancipación, el lento despertar de la cultura en medio abrumado de angustias, agitado por las mudanzas gubernativas y por las inquietudes y zozobras que las luchas armadas procuran, no era el más aparente para que estas formas del entendimiento medraran con lozanía. De otro lado, el quehacer crítico pide conocimientos no vulgares, sagacidad para discernir, buen gusto acendrado en el estudio de las mejores producciones humanas, cierta natural aptitud para entender la belleza, sin ahogarla bajo el peso de reglas y formulismos que velan la claridad de su semblante y embarazan sus pasos. En estos particulares sí que puede afirmarse que fue el pontífice de su tiempo, porque la afición a los aquilatamientos literarios y científicos, se desposaba en él con la hondura de principios, en la perspicacia que le ofrecían largas vigilias consagradas al escudriño de obras sustanciales de la humanidad, todo ello alentado por un sano horror a lo mediocre, por

la repugnancia que le despertaba la superficialidad improvisadora y pedantesca.

Al comenzar este modesto escrito, dictado por el afecto a uno de los colombianos más agregios de toda nuestra historia, declaramos cuán difícil se mostraba tan empinada diligencia; en este paso las dificultades se acrecientan por que, al advertir lo que llevamos puntualizado acerca de su acción y de su aliento, sabemos que apenas hemos logrado desflorar algunos de los aspectos de su portentosa actividad. Obra ponderosa sería para individuos de superior cultura el análisis del poeta, de severidad y armonía no superadas; el juicio atinado acerca del conductor de una causa política, cuya voz fue el oráculo de sus amigos y de sus partidarios; el entendimiento de las proezas del orador, que abrumó con su elocuencia el recinto de nuestras cámaras, y cuya palabra escuchaban con admiración los propios y con temor los adversarios; del gramático de sesuda doctrina, que labró los conceptos sobre el participio y dio la interpretación más científica, y no rectificada ni mejorada hasta el presente acerca del uso en sus relaciones con el lenguaje; del gobernante, azotado por las persecuciones de la mezquindad y por la injusticia que prorrumpe en nuestros medios como planta malsana y sofocadora de prestigios; del filósofo que salió a plaza para refutar los embelecos de Bentham y acaudilló desde entonces el movimiento restaurador del tomismo; del catedrático de labio inflamado por el saber y alentado por la modestia y el amor a juventudes y niños; del repúblico que soñó con las glorias de la Patria, que jamás transigió con la anarquía ni con la rapacidad, y del varón de deseos que fomentó una de las mudanzas constitucionales más fecundas que haya experimentado nuestro país, muchas de cuyas consecuencias perduran como cimientos vigorosos de la estabilidad ordenada de la nación.

Pero no podemos olvidar al apologista de la fe, al defensor de Jesucristo, al abogado del Cielo. Aquí sí que aparece Caro en el ápice de su gloria, circundado por el halo pacífico que forman los destellos que brotan de las páginas del Evangelio y que despiden los flancos de las montañas sagradas. Como Suárez, Caro no entendió la política, ni comprendió la vida, ni justificó sus padecimientos y sus amarguras, sino el calor de sus convicciones religiosas, de un ideal católico que está llamado a señorear al mundo y guiar a los entendimientos. Su noción del orden, de la jerarquía social, del aprecio de los deberes y de los derechos, proceden de los principios que la religión proclama. Ni ruindad, ni mínimo celo, ni amor a los goces terrenales, ni apego a la riqueza, ni temor a las persecuciones, ni afanes de poderío fueron con su intrépido corazón de caudillo. La madurez lo sorprendió consagrado a fecundas diligencias patrióticas, en el cortejo de sus libros, persuadido de que el gozo que se esconde en las aficiones literarias es el mejor tónico para la acción y consuelo soberano en los momentos de infortunio. Como Cicerón sabía que "los otros placeres no son ni de todos los tiempos, ni de todas las edades, ni de todos los lugares; pero que las letras sirven de aliento al adolescente y de distracción al anciano; embellecen los días prósperos y nos ofrecen en la desgracia un refugio y un consuelo" (*).

Manuel Mosquera Garcés.

(*). El autor de este artículo publicará en breve plazo, y auspiciado por la U. C. B., un volumen de ensayos sobre Miguel Antonio Caro.

Patria y Opinión

¡Patria! te adoro en mi silencio mudo,
Y temo profanar tu nombre santo.
Por tí he gozado y padecido tanto
Cuanto lengua mortal decir no pudo.

No te pido el amparo de tu escudo,
Sino la dulce sombra de tu manto:
Quiero en tu seno derramar mi llanto,
Vivir, morir en tí pobre y desnudo.

Ni poder, ni esplendor, ni lozanía,
Son razones de amar. Otro es el lazo
Que nadie, nunca, desatar podría.

Amo yo por instinto tu regazo,
Madre eres tú de la familia mía;
¡Patria! de tus entrañas soy pedazo.

El Libertador

¡Cuán otro el que misión hercúlea y santa
Corona, y vence la difícil meta!
El defiende a los débiles; él reta
Y postra al monstruo que a la tierra espanta.

Doquiera el brazo vengador levanta
Tiémbrale el malo, el bueno lo respeta;
Inconmovible como antiguo atleta
Doquier repose la segura planta.

A otra generación, envanecido,
"¡Le ví!" dirá el anciano. Envidia impura
Acallará impotente su bramido.

El héroe pasa, el beneficio dura,
Y en la mente de un pueblo agradecido
Crece incorpórea la inmortal figura.

Los libros viejos

A Menéndez Pelayo

Sustancia y flor del pensamiento humano
Alimento brindando o goce honesto,
En el siglo feliz décimosesto
Corrimos con honor de mano en mano.

Cubrió más tarde el horizonte hispano
Con sombra triste espíritu funesto,
Y a incógnito rincón relegó presto
Tosco desdén nuestro tesoro arcano.

Fue cada biblioteca un cementerio,
Los volúmenes doctos momias yertas
Y los rótulos líneas sepulcrales.

Más tú, restaurador de ilustre hespérico,
El polvo sacudiendo, nos despiertas,
Y por tí renacemos inmortales.

El valle de la infancia

¡Oh senda! ¡Oh monte abrupto! ¡Oh gruta umbría!
¡Musgoso manantial! ¡Valle sereno,
De frescas sombras y memorias lleno!
¡Plácido albergue de la infancia mía!

Estas las flores son que yo cogía
Cuando niño vagaba en vuestro seno;
Conozco bien de la cascada el trueno;
Así el viento los árboles movía!

Cargado ya del peso de los años,
A tí vuelvo, selvático retiro,
Que no padeces de la edad los daños.

Suspendo el paso, o por tus vueltas giro,
Y gozo aquí de libertad engaños,
Y ambiente de inocencia aquí respiro.

Ciego de nacimiento

(Joan, Cap. IX)

Et facta est lux.

¿Qué hace ese pobre ciego al margen del camino?
¿Para qué está en el mundo quien ciego al mundo vino
Con nombre de infelice?
¡Silencio! El representa la humanidad caída,
Que poniendo en el cielo la vista amortecida,
“¡Una limosna!” dice.

Este es el hombre mismo, el pecador doliente
Que sentado en el polvo, mustia la regia frente,
Humilde pordiosea.
¿Qué pide? el pan del alma; luz y verdad mendiga (1).
Tiene el presentimiento que al fin el Señor diga:
“La luz del alma sea”.

Sidonio afortunado, tú serás la figura
De este excelso misterio, de esta gran aventura;
¿Y habrá quien desespere?
Dios nacer deja al ciego para que luz reciba;
Dios caer deja al hombre para que se alce y viva;
Misericordia quiere.

¡Oh, ved la luz del alma; oh, ved la luz del mundo!
Su majestad velando, Jesús de amor profundo
Ejerce ministerio.
Virtud lleva consigo doquier su pie dirija;
Jesús ve al pobre ciego, y en él sus ojos fija;
¡Oh mirada! ¡oh misterio!

Jesús se acerca al ciego; su aliento soberano
Deja húmedo en el polvo caer, y al ojo humano
ya mustio, el lodo aplica.
La luz va a dar al ciego, va a darla al mundo todo;
Pues, luminoso emblema, su aliento unido a lodo
Su encarnación publica.

Jesús junta a este emblema otro emblema elocuente,
Que él con obras nos habla; de Siloé en la fuente
Lavarse al ciego ordena;

Y así al mundo se ostenta por víctima enviado

(1) Emitte lucen tuam et veritatem tuam. Ps. XLIII. 3.

Que lava con su sangre las manchas del pecado
Y redime la pena.

¿Y este es aquel mendigo? Ya el párpado alza y gira
El ojo en su amplia órbita, los horizontes mira
Y el infinito cielo.

Nada le satisface, aunque todo le encanta;
Y por el autor mismo de maravilla tanta
Pregunta con anhelo.

Sidonio, tu ignorancia semeja el extravió
Del mundo, que antes ciego, la espalda ha vuelto impío.

Los votos

Cuando de Palos
Colón dejó la playa
En busca de ignotas regiones,
"¡Ténte!" decían,
"¡Vuelve!" clamaban;
Mas él en brazos de la fe seguro
Dio la vela a los vientos y el leño a las aguas

Hoy en el golfo
De religión te embarcas,
Y cuantos que te aman y estiman,
"¡Quédate!" dicen,
"¡Vuélvete!" claman;
"Padecerás tormentas, y en el siglo
Hay gentes sin veneno y honores sin mancha"

Otros que el mundo
A divisar no alcanzan
Que lejos tus ojos distinguen,
"Es sombra", dicen
"Quimera vana;
Los ángeles que vienen a llamarte
No son sino sirenas que a incautos engañan"

Todos a una,
"La estación es aciaga,
Las olas naufragios anuncian,
Hierven las sirtes,
Los austros braman!..."
Mas tú en los brazos de la fe seguro
Das las velas al viento y el leño a las aguas

Mi espíritu

No sólo habla la voz. Cuando sereno
Tiende la tarde en derredor su manto,
Si a tu piano de ilusiones lleno
Le haces hablar en su lenguaje santo,
¿No percibes que bullen en su seno
Los apagados ecos de mi canto?
O si apoyada estás a tu ventana,
¿Cerca no ves alguna sombra vana?

Esa es mi alma, soy yo, que la preciada
Plácida esencia de tu seno aspiro;
Mudamente a tu lánguida mirada
Responde entrecortado mi suspiro.
Como el aire y el agua en la enramada,
Como dos nubes van en sesgo giro,
Como dos aves en errante vuelo,
Van nuestras almas por el mismo cielo.

¿No es verdad? Suspendiendo tus labores,
Fija la vista en la extensión vacía,
Por esferas tal vez vueles mejores
Llena de virginal melancolía:
Ignorantes de místicos amores,
Sin sospechar que entre ellas eres mía,
Tu silenciosa, inmóvil faz notando,
Tus hermanas dirán: ¿"qué estás pensando?"

Naturaleza toda se conjura
Para unir en su encanto a los que aman:
La bullidora fuente que murmura,
Las aves que en el árbol se reclaman:
Nos hablan con acentos de ternura
Los mares mismos que interpuestos braman:
Todo lo anima nuestro amante anhelo,
Naturaleza toda es nuestro cielo.

Y cuando, oculto el sol en Occidente,
La inmensa creación parece muerta,
Dí ¿de ese corazón, Cintia, inocente,
No has sentido que yo llamo a la puerta?
¿No te sucede involuntariamente
Que, cerrados los ojos, una incierta
Imagen dibujarse ves delante?
Esa mi imagen es; ese es tu amante.

Y yo sin tí! de tí tan separado,
Y siempre con tu amor el alma inquieta!
Yo vivo de la dama en el teclado,
Tú en la cítara vives del poeta.
El destino me aparta de tu lado,
Querrá que nuestro eterno sentimiento
Mas al tuyo mi espíritu sujeta;
No lo empañe la tierra con su aliento!

¡Oh las que habéis pasado
Solas y pensativas por el mundo,
Algo no conocido
Buscando siempre con amor profundo,
Nunca de igual amor correspondido!

¡Fuisteis, almas sensibles,
Conducidas del ángel del consuelo
A mejores moradas,
O a otra mansión cual ésta, en vuestro vuelo,
Por la amiga desgracia desviadas?

Doquier viváis ahora,
Cualquier que fuese vuestro nombre un día,
Vuestra existencia siento;
Llevado de secreta simpatía
Hacia vosotras va mi pensamiento.

Huéspedes en el mundo,
¿No pensabais en época distante?
A un hermano ignorado
Tal vez buscaisteis con anhelo amante;
Sin saberlo tal vez me habéis amado.

Y hoy de mundos remotos,
¿No acá volvéis, espíritus viajeros?
Cuando oigo los suspiros
De la brisa en los árboles, a veros
Torno tal vez, y me parece oiros.

Acaso para hablarme
Vago són suscitáis, o luz, o aroma;
Animado sintiendo
Un pensamiento en no estudiado idioma,
Sé que es palabra vuestra y no la entiendo.

El aura sollozante
Que en el valle circula prisionera,
Si salida lograra,
El nítido palacio de la esfera
Y el cristalino golfo visitara.

Tal, pensando en vosotras,
Almas sensibles, en recinto estrecho,
Siéntese el alma mía;
Si la pared rompiese de mi pecho
A vuestro mundo aéreo volaría.

Sobre la arena

Para tí, para mí los bellos días
Pasaron ya de la niñez risueña
Que vive de inocentes alegrías
Y los de aquella edad en que se sueña
Con locas fantasías.

Danzas festivas y soñadas glorias,
Y todas nuestras dichas, nuestras galas,
Sólo han dejado al corazón memorias,
Y por el aire con fugaces alas
Se alejan ilusorias.

¡Hoy cuánto mal amaga conjurado!
Busquemos soledad, silencio, olvido,
Y yazga el corazón casi enterrado
Como en la arena el árabe tendido,
Mientras pasa el nublado.

A la amistad

Tú el sudor afanado,
Santa Amistad, al hombre peregrino
Enjugas; y aliviado
Por tu influjo divino,
Las miserias olvida del camino.

Quien tu favor recibe,
En otro y otro corazón se abriga,
Multiplicado vive,
Y la suerte enemiga
Burla o arrostra en poderosa liga.

Huelgan de adivinarse
Los que enriqueces con tus altos dones:
Cual brasas al juntarse,
Con mutuas relaciones
Arden más en virtud los corazones.

Cubra de blandas rosas
Y temple la divina Poesía
Las cuerdas no orgullosas
De la cítara mía;
Mas tú mis pasos generosa guía.

Mis hermanos presentes
Ampára, ¡oh madre! su vivir guardando:
¡Oh diosa! a los ausentes
Llévame en sueño blando,
Sueño que nunca amargue despertando!

Si el objeto primero
Tú de mi culto y mis cantares fuiste,
En el trance postrero
Ay! a mi lecho asiste:
Después, de flores mi sepulcro viste!

Preludio

¡Naturaleza, acógeme en tu seno!
Ave modesta, a tu abundancia pido
Sólo un rincón sereno
Donde ocultar mi nido.

El vulgar amador, sin ver el ramo,
De sus frutos colgantes le despoja;
Yo le respeto, y amo
La amarillenta hoja.

Muchos desdeñan tus vírgineas flores,
Y eres esclava que les das riqueza;
No entienden los rumores,
No admiran la belleza.

¿Qué mucho que tu amor selles y escondas?
Cual hijo vuelvo a tí, no como extraño:
Con árboles, con ondas,
Converso y me acompaño.

Mire otra vez la resonante selva
Al abrir la ventana de mi estancia,
Y a entrar por ella vuelva
Tu peculiar fragancia,

Que embriaga el corazón, y al alma inspira.
Despertando sus íntimos sentidos,
Y torna de la lira
A endulzar los sonidos.

Y como nave en piélago sin olas
Sueltas las alas al amigo viento,
Con tu favor a solas
Vague mi pensamiento.

Oculto en musgo el manantial gotea,
Trina en lo hojoso el pájaro escondido;
Mi corazón desea
Tu oscuridad, tu olvido.

Silvano

• Cuando en el aula de mis padres regia
Hijo del bosque a visitarte vine,
Me preferiste entre amadores ciento,
Lálage hermosa.

• Cedió al imperio de tus claros ojos:
Te amé, me amaste: de tu fe jurada
Testigo el cielo, y que te vi en mis brazos
Ebrio de gloria.

• ¡Y ahora sin causa me aborreces! Y ahora
Con ceño injusto me rechazas fiera,
O con glacial indiferencia admites
Mi ósculo tierno!

• ¿Qué te hice yo para tan vil mudanza?
Ay! ¿Qué me sirve apellidarte esposa,
Ni que llama del amor más puro
Arda en mi pecho?

• Por tí dejé mi libertad bravía
Y el fuerte cetro que empuñé en los bosques:
Bosques, y grutas, y sagradas fuentes
Lloran mi ausencia.

• ¡Adiós por siempre! A mi nativa selva
Triste y doliente y moribundo torno:
Con magas hierbas sanarán mi herida
Ninfas agrestes.

Introducción de la Eneida

De Virgilio

• Canto asunto marcial; al héroe canto
que, de Troya lanzado, a Italia vino;
que, ora en mar, ora en tierra, sufrió tanto
de Juno rencorosa y del destino;
que en guerras luego padeció quebranto,
conquistador en el país latino,
hasta fundar, en fin, con alto ejemplo,
muro a sus armas y a sus dioses templo.

• De allá trajo su ser el trono albano,
su nombre el pueblo a quien el orbe admira,
Roma de allá su cetro soberano.....
¡Mas tú, Musa sin par, mi canto inspira!
Abre de esos sucesos el arcano:
¿qué ofensa suscitó la excelsa ira
que a la errante virtud siguió y quebranta?
¿Cupo en celestes pechos furia tanta?

En frente, aunque a distancia, de la riba
donde el Tíbre en el mar su onda derrama,
tiria de origen, opulenta, altiva,
alzóse la ciudad que Juno ama.
Más que a Samos la diosa vengativa
la amó: Cartago la ciudad se llama.
En ella la armadura pavorosa
y el carro estuvo de la excelsa diosa.

Y ya anhelaba Juno y pretendía
hacer del orbe a esta ciudad señora
si consintiese el Hado. Oído habría
que, corriendo los tiempos, en mal hora
para alcázares tirios, se alzaría
de troyana raíz, dominadora
ciudad potente, en los combates fiera,
que así lo urdido por las Parcas era.

Eso la diosa recelosa; y luégo,
de irritantes recuerdos ocupada,
ella no olvida que a vengar al griego
fue la primera en desnudar la espada;
del troyano pastor el fallo ciego,
su ofendida beldad, la raza odiada,
el alto honor a Ganimedes hecho,
memorias son para afligir su pecho.

Por eso avienta a términos distantes
del ítalo confín, a los que a vida
dejó incendio voraz, salvados antes
del acero de Aquiles homicida.
Por largos años sobre el punto errantes
cerrando el paso a la virtud sufrida
el hado, vengador, doquiera, asoma...
¡Fue empresa colosal fundar a Roma!

Elogio de la sabiduría

De Lucrecio

Grato es mirar desde segura playa
Cuando levanta el piélago las olas,
De los que bogan el afán prolijo;
No porque puedan los ajenos males
Sernos placer, mas porque al fin en ellos
Que de ellos carecemos contemplamos.
Grato también, si exentos de peligro,
Las haces observar que la campaña
Tendida ocupan y combate empuñan.
Nada es empero al corazón tan dulce
Como habitar el elevado, inmoble
Templo que fabricó Sabiduría,
Desde el cual a los hombres por la baja
Tierra es dado mirar vagar perdidos

Miles caminos al vivir buscando;
Ora en ingenio compitiendo, y ora
En nobleza de estirpe: sin reposo
Cómo los días y las noches pasan,
Y cómo todos levantarse ansían,
Poder, riqueza arrebatat y honores.
¡Cuántas sombras y afán! Qué mal se vive!
Cuán mísera es de suyo aquesta vida!
Oh de los hombres pensamientos vanos!
Oh viejos corazones que no alcanzan
A comprender lo que Natura exige:
La paz del alma y la salud del cuerpo!

Por lo que al cuerpo mira, se requiere
Poco, a mi juicio; adquirirás con poco
Delicias muchas: ni Natura a veces
Indica lo mejor. No si de estatuas
De oro que niños semejando, tengan
Fúlgidas hachas en la diestra inmóvil
El nocturno festín iluminando
Llenaras tu mansión: no si artesones
Hubieras de marfil y de süaves
Cítaras por las bóvedas contino
Retumbara el concierto armonioso,
Así fueras feliz, cual si a la sombra
De árbol parrado sobre verde grama
Te reclinares entre amigas gentes,
Do al són de despeñados arroyuelos
Las horas pases de sereno día,
Muy más cuando la dulce primavera
Placeres siembra derramando flores.
Ni, aquejado de fiebre devorante,
Más pronto sanarás si entre purpúreas
Vestis yacieres que si en pobre lecho.

Si oro, gloria, nobleza, poderío
Al cuerpo son inútiles, el alma
Aun menos de ellos se aprovecha.....salvo
Que el ver en la llanura tus legiones
Llenas de ardor, o por la mar oncosa
Tus naves ir y simular batalla,
La imagen de la muerte y del averno
Disipe de tu pecho y tu conciencia
Tranquila deje y de temor segura.
Pero si en eso en realidad hallamos
Vanidad y miseria; si la cuita
Veladora, del bélico tumulto
Ni de las armas huye ni respeta
La púrpura y el oro, mas osada
Entre los reyes y caudillos mora,
Hásmeme de confesar que entre los hombres
El mal abunda porque juicio falta.

Bien cual infantes que de noche tiemblan
De todo sin motivo, así nosotros
En medio de la luz, y por ventura
Más ridículas son nuestras ficciones

Que las que ellos se forjan. No los rayos.
Menester hemos de fulgente día
Sino los de Razón y de Natura,
Unica luz para tinieblas tales:
¡Ch, brillen luégo y el error disipen!

Elegía

De Tibulo

Bendición! bendición! a mis acentos
Callad, honrando el natalicio día;
Cuantos cercáis el ara estadme atentos.

Arda el incienso, quémese a porfia
Los aromas que el árabe enervado
De sus fértiles términos envía.

El genio mismo venga de buen grado
A recibir adoración ferviente
De süaves guirnaldas coronado.

De consagrados panes le apaciente,
Abrévese de vino en largo riego,
Nardo puro destile de su frente.

Plácido venga y favorable al ruego....
Viene! Qué más, Cerinto, dudas? Ea!
Concede él lo que pidas: pide luégo!

"Que la fe de tu esposa firme sea"
Adiviné tu anhelo. Aun no profieres
El voto, y ya tu pecho el dios sondea.

El te ha oído, sabe él que no prefieres
Al bien que te cautiva y enamora
Ni campos, cuantos dan tributo a Ceres.

Ni perlas, cuantas pule y atesora,
Del indo afortunada convecina,
La mar que al sol naciente se colora.

Ves? Con trémulas alas se avecina
Trayendo amor a los amantes cuellos
La cadena nupcial: tú el cuello inclina.

Lazos que firmes siempre y siempre bellos
Habrán de ser mientras vejez rugosa
Tarde llega a argentar vuestros cabellos.

Entonces esta fiesta venturosa
Volverá aún; cuando seáis abuelos
Ufanos os verá de prole hermosa,
Jugando a vuestros pies los nietezuelos.

El campo remedio del amor

De Ovidio

El campo deleitoso y su cultivo
Brinda también a quien de amor padece,
Remedio cierto o blando lenitivo.

Ya el cuello el fuerte toro al yugo ofrece
Porque, a tu impulso, el diente del arado
La tierra dura a remover empiece.

Ya el haza removiste: de buen grado
Ora al revuelto sulco el grano entrega
Que luego cogerás multiplicado.

Mira el huerto feraz, la rica vega;
Contempla cómo la cargada rama
Al peso de sus frutos se doblega.

Ya a los riscos la cabra se encarama,
Ya da a la prole hambrienta la ubre llena,
Muerde la oveja la menuda grama.

Oye con qué rumor tan blando suena
Desatando el raudal; con qué sentido
Tono el pastor su caramillo estrena.

Acá su resental con gran bramido
La madre llama; al ímpetu del viento
Allá el bosque susurra conmovido.

Y qué, cuando con sordo movimiento
Enjambre zumbador del humo insano
Huye, buscando favorable asiento!

Pomas otoño, espigas da el verano,
Flores la primavera; alegre fuego
El rigor templará del invierno cano.

En precisa estación coge el labriego
Las uvas que purpúreas ven los ojos,
Y el mosto en el lagar desata luego.

En precisa estación ata en manojos
La mies, y barre con rastrillo abierto
De cegada campiña los despojos.

Poner podrás tú mismo en fresco huerto
El pino, y el raudal que se derrama
Unido encaminar por cauce cierto,

O en sazón maridar rama con rama
Por ver el árbol que con otro enlaces
Ornado con los frutos que derama.

Cuando en estas labores te solaces,
Huyendo amor del pecho en que hizo nido,
Débil las aals batirá fugaces
Y le verás en aire convertido.

Canto nupcial

DE CATULO

Mancebos

Alzaos, amigos, que asaz esperada
Lucir de la tarde la estrella se ve;
Las mesas debemos dejar suntuosas,
Presagio de instantes dulcísimos es.
El Héspero asoma, la esposa se acerca,
Y el canto se anuncia de dicha y placer.
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las bodas, Himeneo, vén!

Doncellas

Tiempo es, compañeras, alcémonos luégo;
Lucir de la tarde la estrella se ve.
Y ya a sus destellos los jóvenes saltan,
Con aire, mirados, de ufana altivez.
Con ellos, el canto lidiar nos incumbe,
Por más que no en vano presuman vencer.
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las nupcias!
¡Vén, dios de las nupcias, Himeneo, ven!

Mancebos

No fácil, amigos, la palma se ofrece
El canto consigo meditan, ¿las veis?
El canto no en vano meditan; no es letra
Fugaz, la memoria consérvalo fiel.
Nosotros, en tanto, tender el oído
Debemos, respuestas forjando a la vez.
Si a empeño estudioso la palma se otorga
Por ellas vencidos saldremos, a fe.
No importa: lidiemos, que honor lo demanda
Pensosos, ¡oh amigos, callad, atended!
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las nupcias,
¡Vén, dios de las nupcias, Himeneo, vén!

Doncellas

¡Héspero inclemente! ¿cuál astro en el cielo,
Cuál hubo, que lumbre tan lúgubre dé?
Tú arrancas del seno de madre amorosa
Que llora, y en vano reclama su bien,
La tímida virgen, la arrancas, y en brazos,
En brazos la entregas de ardiente doncel.
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las nupcias!
¡Vén, dios de las nupcias, Himeneo, vén!
En plaza asaltada por armas sangrientas
Guerrero ensañado ¿qué más podrá hacer?
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las nupcias!
¡Vén, dios de las nupcias, Himeneo, vén!

Mancebos

¡Héspero benigno! ¿cuál astro en el cielo,
Cuál hubo que lumbre más plácida dé?
Unión acordada por padres y esposos,
Fanal que tú enciendes vendrá firme a hacer
Tú sellas el pacto. ¿Cual nunca a los hombres
Hicieron los dioses más alta merced?
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las nupcias, Himeneo, vén!

Doncellas

Tú de nuestro gremio, tú nos arrebatas
Una compañera, ¡Héspero cruel!
Asomas, y alerta los guardas vigilan,
¡En vano! ya empujas la noche a esconder
Audaces raptos, que, nombre distinto
Tomando, seguros alumbres después.
¡Oh, vén Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén dios de las nupcias, Himeneo vén!

Mancebos

Héspero, ¿a las falsas quejosas escuchas?
Su pecho te adora, su boca es infiel.
¡Oh, vén Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las nupcias, Himeneo, vén!

Doncellas

Mirad cuál se abre del céfiro al soplo
La flor solitaria de oculto vergel,
Que el sol vivifica, refresca el rocío,
Y nunca ultrajaron arado ni buey.
Ved cual los zagales, ved cual las zagalas
Al par la requieren; mas luégo que fue
Del tallo cortada, marchitase, y todos
Y todas con sesgo semblante la ven.
Feliz así a todos la virgen encanta,
La púdica virgen, mas deja de ser
Codicia de aquéllos, de aquéllas cuidado,
Si al yugo ha rendido la cándida sien.
¡Oh, vén Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las bodas, Himeneo, vén!

Mancebos

Mirad ¡oh! cuán triste la vid aparece
Que en yerma campiña creció sin sostén;
Jamás se levanta, jamás dulces frutos
Crió; de la humilde raíz a nivel
Los vástagos tiende, su peso la agobia,
Y buey y viñero la ven con desdén.
Mas ¡cuán diferente si un olmo lozano
Tendiendo los ramos le ofrece dosel!
Entonces, al verla, al par en su abono
Se empeña el viñero, esfuérase el buey.

Así la doncella que esposo no halla,
Tristísima espera la helada vejez;
Si, empero, en buen hora sus vínculos fija,
Un padre descansa, la adora un doncel,
¡Oh, vén Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las bodas, Himeneo, vén!

Coro

Mas, ¡ah! no pretendas, ¡oh cándida virgen!
Negar a las ansias del joven a quien
Te llevan tus padres, el dulce tesoro,
Que no todo es tuyo, las partes son tres:
Cedió ya tu padre, cedió sus derechos
Tu madre, los tuyos otorga también;
Corona esperanzas de padres y esposos,
¡Oh, virgen, y todos felices seréis!
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las bodas, Himeneo ven!

Doncellas

Mirad cómo se ama del cetro al sogor,
La flor coronada de capullo vejez,
Que el sol y el viento, raras al lado,
Y en que el viento raras al lado,
Ved cómo los vagales van con las vagales
Al par se reparten: mas luego que fue
Del tallo cortado, marchitadas y rotas
Y todas con agua sembradas se van,
Falta así a todos la virgen anciana,
La púdica virgen, mas heis de ver
Cobijas de aguilón de novillas cubiertas,
Si el vago ha cobijado la cándida terna
¡Oh, vén Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las bodas, Himeneo, vén!

Doncellas

Mirad cómo se ama del cetro al sogor,
La flor coronada de capullo vejez,
Que el sol y el viento, raras al lado,
Y en que el viento raras al lado,
Ved cómo los vagales van con las vagales
Al par se reparten: mas luego que fue
Del tallo cortado, marchitadas y rotas
Y todas con agua sembradas se van,
Falta así a todos la virgen anciana,
La púdica virgen, mas heis de ver
Cobijas de aguilón de novillas cubiertas,
Si el vago ha cobijado la cándida terna
¡Oh, vén Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las bodas, Himeneo, vén!

Mancheros

Mirad cómo se ama del cetro al sogor,
La flor coronada de capullo vejez,
Que el sol y el viento, raras al lado,
Y en que el viento raras al lado,
Ved cómo los vagales van con las vagales
Al par se reparten: mas luego que fue
Del tallo cortado, marchitadas y rotas
Y todas con agua sembradas se van,
Falta así a todos la virgen anciana,
La púdica virgen, mas heis de ver
Cobijas de aguilón de novillas cubiertas,
Si el vago ha cobijado la cándida terna
¡Oh, vén Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las bodas, Himeneo, vén!